

salón adusto y frío, que invita a sollozar. Y para que se acostumbren a mirar la vida, les colgamos allá en lo alto, donde no deje de verla ni el más pequeño, una imagen de Cristo, sangrienta y tumefacta, coronada de espinas, con el costado roto por un atroz golpe de lanza. Así les enseñamos el goce de la existencia y modelamos los espíritus audaces y fuertes que necesita el país.

Presentamos nuevamente rendidos parabienes a los paladines de la reforma escolar.

Capriotti.—Conocí a Pascual Capriotti por allá en los años ya lejanos de mi niñez. En la plaza del pueblo, en días de mercado, en medio del hormigueo de la gente, entre un montón de ollas y un puesto de manzanas, Capriotti instalaba su pequeña feria, que al propio tiempo era ruidosa tribuna. Apoyados en sus bordones, los campesinos, ya despachado el negocio, se pasaban las horas escuchando ese to-

rrente incontinente de palabras que en doce idiomas por lo menos, anunciaba el nunca bien ponderado Alquitrán Capriotti, infalible en las novedades del hígado, y una cierta pasta maravillosa para destruir toda clase de manchas. Y la voz metálica, infatigable, de Capriotti, que no callaba ni en el momento augusto de las doce del día, cuando el murmullo de los mercados enmudece, enredaba con el reclamo de su mercancía las más pintorescas anécdotas y los comentarios más regocijados a las cosas de actualidad. Era una figura familiar en los pueblos y en las aldeas, en donde se le llamaba el *jurungo*, como a todo el que no usa ruana o no habla muy claro el español.

Más tarde, lo ví en esta ciudad, a la que no dejaba de hacer sus visitas cada dos, cada tres años. Entonces sabía-mos que ese nómada incorregible que en la juventud visitó el Africa y el lejano Oriente, había pasado sus recientes ausencias en Lima, en Montevi-

deo, en Santiago. Su delirio viajero devoraba los proventos de la industria. Siempre pobre, nunca ambicionó para su tienda otro techo que el de nuestro admirable cielo; ni habría podido pagar uno distinto.

Fue en los últimos viajes cuando Capriotti nos trajo el primoroso invento de los *abéfonos*. Con una lata y una pequeña membrana sobre la lengua, este hijo del país del Arte cantaba como todas las aves conocidas y como muchas que probablemente no llegarán a abrir su pico bajo el sol. Ni las mirlas, ni los toches, ni los turpiales, ni los arrendajos, tuvieron en su repertorio un arpegio, una nota, que escapara a la encantada interpretación de Capriotti. La boca de este hombre era una selva, una selva tropical, con la orquesta enloquecida de sus innumerables pobladores.

¿Hay algún bogotano que haya olvidado la fiesta tumultuosa de los gamines en plazas y calles, cuando seguían a Capriotti,

fascinados por el prodigio de sus *abéfonos* y subyugados por la melancolía quejumbrosa de aquella ocarina donde ejecutaba con rara maestría nuestros aires nacionales? Puede asegurarse que muchos, casi todos los que hoy advierten con dolor la primera cana sobre la frente, no escucharían sin una triste emoción las originales músicas de Capriotti

Pero eso no sucederá. Capriotti se ha vuelto loco. Y en su desequilibrio no parece recordar ninguna de sus curiosas habilidades. Únicamente conserva algo de su inquieta, de su inagotable verbosidad. Mas de pronto se calla, frunce el entrejo, alza la testa con un hermoso gesto garibaldino, y se aleja con las manos sepultadas en los bolsillos y portando en los labios un cigarro gigantesco. Los chiquillos que ayer lo condujeron en triunfo, lo ven pasar ahora silencioso, y, como si fueran ya hombres que practicarán la vida, no lo reconocen

1. No destruirás ni arruinarás la vida de ningún ser, sino por necesidad y justicia evidentes. «Hacia la dicha van todos los seres, dice Budha: no mate ninguno; nadie haga matar.»

2. A nadie ofendas: ni de hecho, ni de palabra, ni de pensamiento; y no olvides que el odio no se extingue con odio sino con amor.

3. La violencia es el mayor pecado del hombre, pues Dios mismo no nos violenta. Así, no oprimirás a nadie, y respetarás a todos los seres.

4. Santificarás el pan. Amasa el tuyo limpiamente, sin fatiga, ni sangre, ni ruina de ninguno.

5. No te embriagues nunca, para que no se empañe tu mente y puedas discernir el bien del mal.

No comas para deleitarte, sino para restaurar y renovar tus fuerzas. Alimentarse de carne y sangre, es suciedad, grosería, crueldad y enfermedad. Matar para vivir, es la desdicha de la fiera; mas para el hombre, es crimen y vergüenza.

6. No adulteres el amor. El amor es en el Universo la fuerza que crea, purifica y redime. Si se sustituye con el simple deseo, pierde su eficacia y se

convierte en muerte y pestilencia. Unirse a quien se ama profundamente, es vida y luz. Unirse únicamente por el deseo, es prostitución y tinieblas.

7. No atesores: la vida no se hizo sólo para ti; quien detenta la vida, es reo de todos los delitos. La tierra, el agua, el aire, la luz, son para todos. Maldito será quien los usurpe. Y maldito asimismo quien amase riqueza con la fatiga y el hambre y el frío y la ruina de sus hermanos. Vive sencillamente, que en eso están la salud, la alegría y la paz.

8. Santificarás el descanso: no solamente para tu buey, y tu asno, y tu siervo, sino para todos los seres y todas las cosas que te sirven; aún la tierra, y tu cuerpo y tu mente. No solamente el día del sábado, sino todos los días de tu vida. El descanso es una ley del Universo; es la propia fuente de la vida y de la alegría. Trabajar y descansar, uno inmediatamente después del otro, son el flujo y reflujo divinos; son los modos

de acción del mismo Dios, y sobre ellos se sustentan la creación y la renovación del Mundo.

9. No mentirás; pero te esforzarás para no dañar al decir tu verdad. Ni con el pensamiento, ni con la palabra, ni con el acto has de mentir. Ni con tus ojos, ni con tu acento, ni con tu ademán. Una mentira genera otras mentiras, y el que vive en la mentira se niega y se desprecia a sí mismo. Has de ser sincero y veraz en espíritu y en verdad: en tu labor, en tu creencia, en tu amistad, en todo lo que emane de tu corazón y de tu pensamiento. Tú eres en este mundo el único dueño de tu palabra, y nadie puede obligarte a decir lo que no quieras. Así, calla tu verdad si a ello te impele tu conciencia o tu necesidad, pero no la deformes ni la falsees. Que salga limpia y sin mancha de tu boca, o que duerma en el limbo de tu corazón.

10. No contiendas con nadie, por nada. «Los que saben a dónde lleva el contender, dice Budha, esos no contienden nunca.»

Y Jesús añade, que es reo de pecado mortal el que dice a su hermano *loco*, o *imbécil*, o *perverso*. Enfrena, pues, tu lengua, porque la lengua es el camino de la ira, y la ira lleva a la muerte.

11. No juzgues. Es decir, no condenes. Si tu prójimo te daña, evítalo; si es necesario, defiéndete; si es inevitable, combátelo hasta que le hagas imposible seguir dañándote. Pero no juzgues, no condenes a nadie, porque sólo Dios puede juzgar en justicia. Sólo El sabe la cantidad de sombra que hay en cada uno de nosotros; sólo El conoce las mil fatalidades que intervienen en cada uno de nuestros actos. ¿Quién te hirió? Tu ves una mano que es la de Juan, y dices: «Juan es un malvado». Pero ¿quién movió aquella mano? ¿Fue el viento, la lluvia, el insomnio, la debilidad, el calor, la enfermedad, la fatiga, la humedad, el hambre, la herencia, la locura? ¿Cuál de las mil potencias oscuras o fatales? Por eso, no juzgues, para que no te llenes de odio o de soberbia.

12. No jures, para que no te esclavices. No jures, porque el juramento es la promesa que toma por testigo al *Orden Universal*, y eso es como blasfemar

La religión universal

Enseñanzas de Zoroastro, Moisés, Vyasa, Manú, Lao-Tzeu, Pitágoras, Budha, Jesús, Patandjaly, Francisco de Asís y otros Maestros

Jurar es un sacrilegio, no cumplir lo jurado, es un sacrilegio; exigirle a otro un juramento, es un sacrilegio. No jures, ni ante el juez, ni ante el altar, ni ante la bandera, ni ante nadie en el mundo, que pueda luego esclavizarte por tu juramento. Ahora, en el momento de jurar, piensas que tu promesa es sabia o santa. Pero ¿quién sabe lo que creerás mañana? Jesús ha dicho: «que tu hablar sea, simplemente, sí o no, sin juramento de ningún género. Pues lo que se aparta de eso, viene de mal principio.» Y Pitágoras dice: «que nadie,—hombre, familia, casta, ley, costumbre, secta o nación,—te arrastren, ni con sus palabras, ni con sus actos a ejecutar lo que no debes, lo que repruebe tu voz interior.» Por eso, añade, no jures, porque el juramento es sagrado, y debe respetarse con toda clase de religión.

13. Sé compasivo con todo el que sufre, hombre, animal o planta. Esta es la esencia de toda religión; esta es la forma del amor que a todos nos es accesible, y la única en que jamás hay yerro o vanidad. Alivia todo sufrimiento, porque toda criatura es de Dios. Y no olvides que todos fuimos condenados a sufrir. Si en este mundo el dolor es la ley, que la compasión sea el bálsamo.

14. Honrarás a tus padres, y a cuantos te sean próximos por la sangre. Cumplirás con tu hijo, como el Señor cumple contigo: como Creador, protector y renditor. Mas, en ningún caso olvidarás que el espíritu vale más que la sangre. Mi madre y mis hermanos, enseñó Jesús, son los que me siguen y hacen la voluntad de mi padre.

15. Harás tu propia labor, y no otra. Las fuerzas reales que hay en ti, se manifestarán por tu vocación, para que las sigas fielmente. Si trabajas según tu vocación, ganarás tu pan con alegría y sin daño de nadie. Nuestro deber, es dar aquello que se nos dió, devolver lo que hemos recibido, y no sólo para ganar el pan, sino *graciosamente*, para alegría y beneficio de los demás. «El deber propio es fácil; el deber ajeno está lleno de peligros»; hacer la propia labor, es florecer; cargarnos con el deber ajeno, con una vocación extraña, es mentir.

16. Sufrirás tu destino con humildad, y te arrepentirás. Sa-

be que tu destino es tu propia obra, y que la Ley Suprema es que toda causa produce el efecto que le corresponde. La vida es siembra y cosecha y continuación. Según lo que traigas al nacer, así será tu destino presente. Según lo que lleves al morir, así será tu destino futuro.

17. Adora todo lo que es divino, donde quiera que esté, y aprende a reverenciar toda excelencia. Adora al Sol como a la más alta de las criaturas, de quien recibes la vida, el pensamiento y la alegría. Honra y adora al Orden, que sostiene y rige el Universo, y que es la razón de nuestra confianza. Honra y ama a tu Dios—Verdad, Justicia y Amor—con todas tus potencias, *en espíritu y en acción*. Y no hagas de él idolo ni figura alguna, ni le encierres exclusivamente en ningún templo, en ningún símbolo, en ninguna fórmula, en ningún libro. *Trabaja para que venga su reino, y ayuda a que su voluntad sea hecha*. Y no escudriñes en sus

tinieblas, ni hagas su nombre objeto de vanas palabras.

18. No te lagues al fruto de tus acciones, para que no te desanimes ni te entristezcas, y para que no te encadenes a la reencarnación. Emanen tus actos y tus pensamientos de ti, como el canto emana de la garganta del pájaro, que canta para fortalecerse y consolarse él mismo, y no para que le recompensen. Trabaja como el manantial, que no inquiere si la tierra que riega dará frutos. Ayuda al viento y a la lluvia, y alégrate con el fuego; y no protestes cuando ellos hagan su tarea, sino que te regocijarás con ellos, porque ellos también son criaturas de Dios, y hacen su deber.

19. Purifica tu cuerpo con el agua y con el ayuno; tu corazón, con arrepentirte y perdonar toda ofensa; tu mente, con librarte de prejuicios y de supersticiones; tu espíritu, con meditar la Ley y cultivar el amor a todos los seres.

20. Que la oración te salga del alma, y con las palabras que ella te dicte. Y nunca ores si tu corazón no está de rodillas. Reverencia la palabra sobre todas las fuerzas, y quema todas sus escorias; porque todas las cosas han sido hechas por ella, y el bien y el mal vuelan sobre sus alas. En el día del juicio, enseña Jesús, «daremos cuenta de todas nuestras vanas palabras». Así, aprende la santidad del hablar; y que las palabras salgan de tu boca, como el humo del incensario.

21. Tendrás en alto la antorcha, para que alumbre a todos los de la casa. No hay don más alto que la luz, ni frande mayor que el de la luz. Aquel que viva y muera en la ignorancia por causa de tu incuria, o porque le robas el tiempo de instruirse en la verdad, ese te acusará en el día del juicio con más justicia aún que el otro a quien robaste el pan. Porque más aún que el cuerpo, necesita alimento el espíritu.

22. Deja la filosofía a los filósofos y la santidad a los santos. Si Dios se ha rodeado de tinieblas, reverencia su oscuridad, y vuelve tus ojos al Sol. Tú, sé bueno, sé generoso, sé compasivo, sé fraternal; comparte tu pan, tu alegría, tu canto y tu vestido, y espera con humildad a que El te llame a más altos destinos.

23. Darás a tu cuerpo, a tu corazón y a tu mente, lo que es suyo en justicia. Y cultivarás tu salud, como la flor de que han de salir todas tus gracias. El enfermo derrama entre los suyos desorden, aflicción, pobreza, fatiga y angustia. Casa maldita es aquella donde siempre hay enfermos. El enfermo es carga de sí mismo y de los demás, y estorba más que un criminal; pues a éste se le encarcela y se le olvida, mientras que el otro nos abruma con su inutilidad y sus lamentos. Sé, pues, sano, para que no pases por la vida como una maldición.

24. Vete y no peques más: así despedía Jesús a todos aquellos a quienes curaba de alguna dolencia física o moral. Que tu voluntad, con toda la fuerza que pueda imprimirle el dolor de la falta y el anhelo de la luz, te grite ahora: *Álzate*, y ya no peques: Pecar es dañar a otros, hacerles sufrir sin justicia ni necesidad. Cuanto más grande

El Presidente Vásquez no debe ir a Cuba

QUIERO señalar con enérgico respeto la falta de hombría de bien republicana, el mentís a nuestro anhelo por redimirnos del servil yugo yanqui, la traición, en fin, a los ideales y al destino de la América Hispana que entrañaría la presencia pública y oficial del Jefe del Estado en el próximo Congreso Panamericano.

El ciudadano Presidente de la República no debe asistir a la Sexta Conferencia Internacional Americana, en Enero, porque en esa Conferencia será glorificada, en un protectorado de los Estados Unidos de América, la Doctrina de Monroe, se celebrará la apoteosis del Imperialismo yanqui y Coolidge aparecerá como sol con sus satélites, como amo entre criados.

Esa Conferencia es un mal: verificarla en los momentos actuales, en que Puerto Rico, Haití y Nicaragua, forcejan entre las garras del águila norteamericana, es impudicia y concurrir a ella es hacerse cómplice de un crimen.

Estraguladores prepotentes de soberanías débiles, los marinos de esa Cartago sin Aníbal imponen la hegemonía de su fuerza brutal, extendiendo sobre las nacionalidades de Hispano-América el mismo bárbaro sistema de exterminación que, en sus propios dominios, aplicaron a los indígenas.

¿No sabe el Presidente Vásquez que en tierra de Nicaragua, tierra hermana, tierra gloriosa, acribillados a balazos, están cayendo los adalides de la América futura? ¿Por qué ir a Cuba a formar parte de la constelación y séquito de Washington, mientras Washington, fusila a nuestros hermanos? Sea cual fuere allí su postura, aparecerá arrodillado ante las miradas de América.

Américo Lugo

(Patria. Sto. Domingo).

sea el daño, mayor es el pecado. Si no dañas, si no causas dolor ni ruina, no pecas. Si te dañas a ti mismo, el daño refluirá sobre los demás.—Levántate, pues, y ya no caigas. Pero no te atormentes con remordimientos inútiles, ni te creas manchado por supuestas culpas que forjó el delirio de los hombres. Y no desesperes de llegar a la luz, pues «el que persevera hasta el fin, será salvo».

25. No hagas distinciones entre los hombres por su sangre, su patria, su casta, su oficio, su riqueza o su poderío. Apréciales, en primer lugar, por su bondad; sin ésta, lo demás es escoria. Y no te separes de nadie si tu corazón no te lo exige, puesto que el más enfermo es el que necesita más de caridad y medicina.

26. No se puede servir a dos señores igualmente, y menos si uno de ellos es tu pasión

o tu apetito, o cualquiera otra forma de tu egoísmo. *Sólo en la proporción en que te olvides de ti mismo, podrás servir a los demás.* Cuanto más tiempo, esfuerzos y cuidados emplees en tu propio servicio, menos podrás emplear en el servicio de los otros. Así, la ley y el camino del servicio, es la renunciación; y cualquier otra senda, es vanidad o hipocresía.

27. Busca la paz y no la dicha. El hombre no está organizado para ser dichoso. El mundo no está organizado para hacer dichosos. El dolor, la enfermedad, la miseria, la vejez, la ausencia de los que amamos, las epidemias, el incendio, el frío y el hambre, la guerra, la incomprensión, la envidia... todo se opone a la felicidad del hombre. Si no sufres por ti, sufrirás por el dolor que sin cesar hostiga a las demás criaturas. La vida

de todas las criaturas se amasa con dolor, y sólo el que no tiene corazón puede soñar en ser feliz. Pero si no causas daño a ningún ser, y a todos les das tu compasión, alcanzarás la paz,—que es mejor que la dicha—porque en la copa en que se bebe no queda sedimento ninguno de tristeza ni de vergüenza.

28. No escandalices; es decir, no suscites la envidia, ni la codicia, ni la sensualidad, ni la soberbia; la cadena de males que provoca el escándalo tiene mil eslabones, y todos se arrollarán a tu cuello en el día de tu sentencia.

29. A nadie exijas un trabajo perfecto, si quieres practicar la caridad más grande. Lo que te den, recíbelo como un don; pues, en verdad, ninguna criatura es tu obra, ni son tuyos, la luz, el aire, el agua, ni fuerza

alguna de las que le dan vida y le sustentan. Peregrinos somos aquí todos; nadie es de nadie, y cualquier dádiva hemos de recibirla con el corazón de rodillas.

30. Cuando venga el *Hijo del hombre*, el hombre nuevo que realizará el sueño de la *familia universal*, entonces serán consolados los que ahora padecen persecución por la justicia, los que viven tristes, los pobres en espíritu, los mansos de corazón. Pero *no vendrá si tú no preparas su advenimiento*; no vendrá si *tú mismo no te esfuerzas en convertirte en Hijo del Hombre*, en renacer de tu animalidad y de tu egoísmo. Y si no viene, entonces todos los maestros, profetas y mártires, habrán sufrido en vano. Y el mundo seguirá perdido en el lodo y la sangre, por causa de tu mezquindad y tu concupiscencia.

1927.

A. Masferrer

QUÉ es un valiente y cómo es un valiente? He ahí una pregunta que a menudo nos ocurre cuando pensamos en aquellos pueblos en donde la corrupción de la conducta inficiona y mancha hasta la santidad de las palabras. Pensando en los valientes que se ufanan de haber matado hombres, y apartando con asco la vista de aquellos que confunden al asesino con el héroe, dijimos no hace muchos meses, en uno de estos ensayos acrobáticos para decir la verdad por medio de circunloquios, dijimos que en nuestros tiempos lo mejor de la humanidad, el impetu heroico de la juventud, se había lanzado a los aires. Nos referíamos, es claro, no a los lanzadores de bombas mortíferas, sino en concreto a esos bravos anónimos cuyas proezas nos llegan en las fotografías dominicales de los diarios, lanzándose desde la aeronave al espacio, para probar un paracaídas; para hacer experimentos que erizan los cabellos, y ponen en riesgo al propio experimentador, pero acrecientan el saber humano y nuestro dominio sobre la naturaleza.

Allí están los héroes, pensamos, y el mundo casi no se dá cuenta de ellos; pero no teníamos razón, porque por encima del mundo que se agita y habla, están los niños; y los niños de hoy, sí están al tanto

La verdad del valor

=De *El Universal*, México, D. F.=

de toda la generación de los héroes modernos y conocen el pormenor de sus hazañas. Con una especie de sagrado acierto los niños de nuestro tiempo pasan los ojos sobre los diarios y no leen lo que nosotros leemos, pasan la vista, INDIFFERENTE, PEOR AUN QUE DESDEÑOSA, por los rubros que anuncian los hechos y deshechos de políticos, generales y delincuentes, y se van a las pequeñas notas donde se va anotando el registro de las me-

didadas de altura, de las velocidades y de los nuevos aditamentos de las máquinas del aire. Los niños desdeñan la basura moral y descubren sin esfuerzo la generosidad y la gracia: el heroísmo de nuestro tiempo.

Para todos nosotros los que no vivimos tan alertas de sentimiento como los niños, ha sido como un despertar a realidades sublimes toda esta historia del héroe Lindbergh, el loco de genio, que en una noche de he-

roísmo y de poesía unió dos continentes con la fuerza de un motor que por instantes se confundía con su propio corazón.

Y más curioso aún que los incidentes de la misma hazaña, ha sido observar los móviles internos, las emociones y el pensar del héroe: «Mi hazaña no es más que el comienzo de otras muchas semejantes—ha dicho—; desde luego, alguno tenía que ser el primero». «Todos estos homenajes de que soy objeto, en realidad, manifiestan la confianza de esta generación en que el dominio del aire es ya una conquista asegurada». No ha habido un sólo gesto de vanidad en este hombre que sólo cuenta veinticinco años, la edad de las vanidades.

Ni petulancia, ni inconsciencia o desconocimiento de la importancia de su proeza. Nada de actitudes sobrehumanas, ningún alarde como el de esos que dicen no conocer el miedo. Hubo un instante, confiesa Lindbergh, con sencillez, «en que pensé regresarme: el granizo que se acumulaba sobre las alas del aparato, la densa oscuridad, el viento, si no hubiera sido porque juzgué que era tan difícil regresar como seguir adelante, quizás en aquellas primeras horas de la noche vuelvo la proa otra vez hacia la América.» Así ha sido siempre el verdadero heroísmo: angustia que perdura

Sopor

Para el más hábil de todos los tejedores.

Yo no sé lo que quieres de mí, pero si sé que desde que te conozco me suceden cosas asombrosas.

Tú has sido para mí alma como un huracán terrible; me produces como una sensación de dolor o sufrimiento que no puedo definir; es algo hondo que hace sollozar mi corazón, es algo que me hace sentir mi debilidad para aferrarme a tus fuerzas, para desear estar siempre como acurrucada entre tu pecho. Nada te digo de nuestro encuentro casual, que no me asombra porque lo presentí hace ya mucho tiempo.

Sé que para ti como para mí la vida exterior es un simple accidente; así me lo has hecho creer, porque tú eres de los que piensan solos; de los que solos se levantan...

K. M.

Cartago, 1928.